Germinal

Año IV. Lima, 28 de Abril de 1906. Núm. 81

CONSIDERANDO

Era una hermosa tarde, el calor era sofocante como en los días de Agosto, el cielo estaba experto, los rayos del sol eran abrasadores, corría una brisa que yacía del mar i me decidí à abandonar mi lecho antihigiénico para dar un paseo por el pueblo i respirar el aire puro que nuestra madre Natura nos ha dotado. Mi corazón iba lleno de alegría al ver las hermosas plantas cómo germinaban sobre la tierra como las ideas sobre los cerebros.

Me quedaba admirado por un lado i pensativo por otro, al ver los campesinos con qué afán cultivaban el hermoso campo, i me decía entre mis labios ¡qué hermoso sería el laborar la tierra en una sociedad libre i no en ésta, basada en la explotación del hombre por el hombre, donde el campesino tiene que estar doce i catorce horas regando con su sudor las hermosas plantas! i yo me preguntaba: cómo es que haya hombres fuertes que no hacen nada, teniendo en abundancia todo lo necesario para nutrir sus estómagos i disfrutando de todos los placeres de la vida, mientras el obrero, el campesino que todo lo produce de nada disfruta.

Mientras tanto seguía por entre los valles contemplando á Gatura i pensando en la sociedad futura. De paso en paso echaba la vista hacia el mar que se había enbravecido i contemplaba las enormes olas producidas por el choque mutuo de la brisa que corría i el agua que venían á estrellarse sobre las rocas. Mas de pronto, volví la vista hacia atrás i divisé á lo lejos un grupo de campesinos. Yo, todo afanoso, me dirigí donde ellos estaban, gustoso de contemplarlos en sus rudas tareas, i acercándome á ellos les saludé i entablamos conversación, haciéndome unas preguntas que yo les iba contestando.

Mas de pronto me sentí con un profundo dolor al ver unas tiernas criaturitas que estaban descalzas, llena de girones i demacradas. De instante en instante mi corazón rebosaba de alegría al verlas cómo jugueteaban i saltaban como los pajarillos de rama en rama. De pronto no acertaba à hablar, mi corazón temblaba, mi vista se quedaba pálida al mirar aquellos tiernos seres, mis labios exclamaban:

—¡Pobres pequeñuelos, pobres campesinos que arrojan gotas de sangre sobre la tierra para dar un mendrugo á sus pequeñuelos, pobres, descalzos, harapientos i demacrados, la esclavitud humana!

Dolores inmensos sentìa yo en el corazón en aquel instante, al ver tanta miseria en aquellas tiernas criaturitas.

Me quedaba pensativo al ver una hermosa joven que estaba entre el grupo de campesinos i manejaba un pesado azadón: ¿quién sería aquella joven que allí se hallaba fructificando la tierra? pues, en efecto, era la madre de los pequeñuelos que por allí andaban, i exclamé:

—¡Pobrecita, que en lo mejor de tu vida, de tus años juveniles, te veo demacrada; tú que sentiste amor i querías amar, no encontraste quien te amara; tú que en la flor de tu hermosura vino un joven á hablarte de amor i te creías amada, pero aquel canalla á quien tu amabas, era el que había designado esta maldita sociedad para que te lanzara al lupanar i á la miseria, i hé aquí tu triste situación con tus pequeñuelos descalzos, harapientos i demacrados; tú que lloraste gotas de sangre por tu amor, hè aquí tu martirologio que tienes que dedicarte á trabajos horripilantes por unos miserables céntimos, la sociedad te desprecia i te mira como si fueras un ser corrompido, por el sólo hecho de amar á aquel miserable que nunca te amó, pero sí gozó cual si fuera un reptil venenoso de tu hermosura i de tu juventud!

Yo, sin embargo, no me alejaba del lado de aquellos pobrecitos desheredados; de pronto vi correr á los pequeñuelos hacia donde su madre se hallaba, i tirándola de las sayas, exclamaban: «Danos, pan madre, tenemos hambre». Pero la infeliz, cómo se lo iba á dar, si no lo tenìa?

Yo me sentí aturdido, mi cerebro se había trastornado, pero sin embargo, aproveché la ocasión i les dirigí la palabra, «¡Oh! joven hermosa, veo que tu situación es deplorable, veo que trabajas como si fueras bestia i no puedes comer un pedazo de pan», i me contestó: «Los pobres no tenemos otro remedio, i además de trabajar mucho comer poco.» «¡Oh! veo que conoces tu triste situación. Pues conociéndola ùnete con tus hermanos i hermanas.» I llorando exclamó: «¿I qué debo hacer?» «Mira, joven, tu deber es rebelarte contra toda lo existente i ocuparte de tu estado, nunca te ocupes de concurrir á los centros de corrupción —i señalándola con el dedo, la enseñé el templo del pueblo.—Mira, ese templo es el causante de tu miseria, cuando te diga algún canalla que debes de ir no vayas, aléjate de él; tampoco vayas al confesonario porque es el que ha castrado tu cerebro; cuando te hablen de Dios i de María no les hagas caso que son seres ficticios. Cuando el cura del pueblo te diga que lleves á tus hijos á confesar le gritas al oído: «Canalla, infame, tu eres el causante de mi ignorancia.» «Ah, pero es mui caritativo, que da muchas limosnas á los pobres.» «No te importe, eso es para que no nos rebelemos i puedan más fácilmente chuparnos nuestro sudor. Cuando el burgués te venga con halagos para que te prostituyas ante él i que tus hijos los mandes el uno á la fábrica i el otro al cuartel, despréciale, porque en ese caso el uno someterá al otro. ¿Ves al obrero de la fábrica, del taller ó la mina? únete á él, que es tu hermano, jamás le desprecies; aunque los tiranos te hayan dicho que es tu enemigo, que te quiere arrebatar la tierra, no les hagas caso. Cuando veas otra mujer como tú que esté acabando con su vida en la fábrica producida por un trabajo mortífero, tampoco la desprecies, que es tu hermana.

«De modo que ya sabes, joven esbelta, haz todo eso, únete con todos los explotados i explotadas del mundo para combatir á todos los explotadores, que en día no lejano les podremos estrujar entre nuestras manos callosas, entonces podremos implantar la hermosa planta que irá germinando por todos los cerebros, que será la Anarquía, la sociedad basada en la verdad i la justicia.» «¡Oh! ¡qué hermoso es todo esto!» me contestó llena de alegría. Mientras tanto se acercaba la noche i estrechándonos nuestras manos i dando beso á los pequeñuelos, nos despedimos con una inmensa alegría que alentaba nuestro corazón pensando en la sociedad futura.

Esteban López.

Cueto, Enero 1906.

EL ETERNO EXPOLIADO

Pedro Nonajulca es el colono más pobre i cargado de familia de la hacienda. Tiene por único patrimonio un caballo, una oveja i una vaca. Con el caballo viaja, con la oveja se viste, con la vaca se alimenta.

Cultiva, ayudado de tres de sus hijos, de los cuales el mayor tiene apenas doce años, un pedazo de tierra que no le da ni para el arriendo.

Todos le miran de reojo, con cierta conmiseración adulterada por un asomo de desdén.

El, abrumado por una prematura vejez, vejez de raza raquìtica i doliente, ajeno á las fruiciones de la sana alegría, semilisiado por el esfuerzo ìmprobo i con aire de bestia roñosa i cansada, va i viene de la choza á la chacra, de la chacra á la choza, sin percatarse de repulsas, sin que la piedrecilla de un solapado insulto paralice su funcionamiento de máquina en marcha.

En el terruño, maíz, papas, arverjas.... En la choza, su mujer, ocho hijos, miseria i á veces hambre......Todo desarrollándose entre el borde de una quebrada i el repecho de un cerro.

De día como una araña gigantesca, arrastrándose sobre los surcos, perdièndose entre los sembríos, chapoteando en los charcos, dando un lampazo aquí, lanzando una piedra allá para espantar los pájaros que le destrozan el maizal; de noche, en la puerta, encogido como una momia, ó dormitando en compañía de sus hijos, cuyo conjunto semeja un extraño cìrculo de salvajes en torno de una hoguera.

Cierto día llegan á la puerta de su choza tres hombres armados de escopetas i garrotes.

—¿Aquí está Nonajulca?—pregunta el que llevaba ceño de más autoridad.

—Ya voi, *taitai*.

—¡Pronto! Estamos apurados.

Nonajulca sale á la puerta, seguido de su mujer i la nidada de chicuelos, que miran á los recién venidos con airecillo medroso.

—Aquí estoi, *taitai* ¿Qué *querés?*

—Tu caballo.

—Mi caballo, *taitai*. Si el pobrecito apenas puede andar. Está lisiado de una pata.

- No importa. El señor gobernador manda por él para una comisión.

I uno de los tres hombres entra por el caballo, el que aparece en seguida, cojeando, moviendo descompasadamente la huesosa i peluda cabeza, mientras Pedro, de pie en el umbral de la puerta, lo ve salir, con una mueca de asombro en los labios i un asomo de llanto en los ojos.

Poco tiempo después, cuando aún tiene fresca la herida que le causara la pérdida del caballo, llama á su puerta un hombre para decirle:

—El señor Juez ha ordenado que le entregues la oveja porque es la única manera de que te libres de perder la vaca, pues los perjuicios que ésta ha hecho en la chacra de tu vecino Chinchai son tantos que no podrás pagarlos.

Nonajulca protesta con voz lacrimosa, jura que su vaca no se ha movido jamás del corral, que todo es envidia del vecino. Nada le vale.

Aquel hombre marcha llevándose la oveja, mientras Pedro la ve alejarse, con las mandíbulas contraídas i una llamarada de cólera en los ojos.

Pero no pasa una semana sin que, junto con su mujer que acaba de morir, Nonajulca vuelve à sufrir por tercera vez una última i más feroz dentellada en su mísero patrimonio.

Ya no es un delegado de la autoridad ni un alguacil de la justicia el que llama á su puerta, sino un enviado del poder divino.

—Pedro,—le dice el sacristán,—el señor cura manda por tu vaca, pues de lo contrario no le dará sepultura á tu mujer.

Pedro no responde: en cuclillas, en un rincón de la única pieza de su choza, llora rodeado de sus hijos. En el rincón opuesto la muerta se vela entre dos cirios lacrimosos, que el viento más leve hace oscilar con melancólicos cabeceos.

I mientras el sacristán se aleja con la vaca seguida de un endeble ternerillo, Pedro sigue gimoteando rodeado de sus hijos, i la muerta, con los ojos abiertos i la boca en una contracción dolorosa, parece protestar de la rapacidad i de la caridad evangélica de los hombres.

Enrique López Albújar.

Piura—1606.

AVISO EDITORIAL

Prevenimos á nuestros suscritores que, de conformidad con nuestra circular de enero último, suspenderemos la remisón de "Germinal" á todos aquellos que adeuden más de tres mensualidades.

La misma indicación hacemos á los agentes que no arreglen sus cuentas al 31 de marzo último.

La vida de "Germinal" depende únicamente del pago puntual de los suscritores.

Callao, 7 de abril de 1906.

Los Editores.

Germinal

Ladrones impunes

Para nadie es un misterio que algunos agentes de la aduana del Callao han defraudado las rentas públicas en varios miles de soles. De boca en boca andan los nombres de los ladrones i se relatan con minuciosidad los detalles del robo. Pero lo que todo el mundo ignora es lo hecho por el gobierno para castigar ó no dejar impunes á los criminalas. Parece que se ha conformado con recuperar una parte de las sumas defraudadas, i no falta quien asegure que hai el propósito de circunscribir la investigación, i lo que es más inmoral todavía, de *echarle la tierra al asunto*, como se dice vulgarmente.

Nosotros admitimos sin vacilar estas suposiciones porque sabemos, como sabe la nación entera, que el apañamiento de delitos i crímenes ha sido i continúa siendo la única virtud de nuestros mandatarios. Algo más nos atrevemos á decir: el robo ejerce en el espíritu de nuestros gobernantes una especie de fascinación, tanto más vigorosa cuanto más grande i más atrevida es la delincuencia de los ladrones. Aquí el que se apodera de cincuenta ó cien mil soles del fisco puede estar seguro de que les gozará tranquilamente, i si para cometer el fraude no retrocede ante nada, ni ante la degradación de los empleados públicos, como ha sucedido en la aduana del Callao, el primero en respetarle será el gobierno.

Talvez la causa del apañamiento con que favorece el oficialismo á los ladrones sea la similitud que casi siempre existe entre uno i otros. No puede ejercer las funciones de juez del crimen el que merece ocupar una celda en el panóptico. Tampoco se halla en aptitud de sentir ira i vergüenza ante un delito afrentoso el que carece de moralidad ó el que no ama la virtud hasta el punto de sacrificarse por élla. Pero en cualquiera de estos casos vale la pena observar que el primero de los deberes de un gobierno, sea cual fuere su depravación, es impedir el desarrollo del fraude, mejor dicho, la transformación del robo en una industria nacional. Si no por rectitud, por hipocresía siquiera está obligado el oficialismo á revelar repugnancia cuando conoce el saqueo de las rentas públicas. Esta es también su conveniencia, la más elemental de todas sus convenien-

cias, porque si el robo se entroniza hasta hacerse invencible, día puede llegar en que falte dinero para cubrir el mismo presupuesto del presidente de la república.

Hai otra consideración de carácter elevado que nadie tiene derecho á menospreciar cuando se halla al frente de latrocinios: es el efecto moral de estas ignominias. El ejemplo constituye una lei para todos los hombres i para todas las colectividades, i por desgracia el que tiene mayor influencia es el malo. De un ser virtuoso no nacen muchos buenos; de un espíritu depravado se derivan innumerables canallas. Nuestra propia historia confirma la exactitud de esta observación. No nos han faltado, ni nos faltan ahora mismo, caracteres intachables ¿i quiénes i cuántos les imitan? En cambio, la perversidad se acrecienta i tiende á prevalecer, estimulada por la carencia de virtud de la diminuta fracción que hoi, como ayer i como siempre, se ha adueñado de la gerencia de la república.

En una nación en que la prràctica de la honradez, tras de no ser alentada, no despierta unánime simpatía i aun llega á sufrir la befa i el escarnio de algunos; la infamia mayor que se puede cometer es dejar sin castigo á los ladrones públicos. De hecho se infunde en el alma de las multitudes el amor á la maldad i se transforma el carácter de los ciudadanos en un almácigo de impurezas i ruindades sin nombre. Hasta los pocos que luchan aquì por el advenimiento de mejores días i sostienen el honor de la patria, porque no transigen con ninguna miseria i acreditan ante los extraños que hai una base, cuando menos, para cualquiera evolución provechosa; hasta esos desfallecen i comienzan á creer que sus ideales, á más de infecundos, no se conservarán inmaculados.

Bien se comprenderá que con estas reflexiones i con cualesquiera otras que pudiéramos hacer para patentizar la trascendencia material i moral del apañamiento de los ladrones, no conseguiremos absolutamente nada. Entre nosotros, la única propaganda que da frutos es la del crimen. Pero no hai deber tan imperioso como el de combatir siempre por el triunfo de la honradez, i si algún mérito sobresaliente tiene el eterno batallar por la moralización pública, es precisamente la conciencia de la esterilidad momentanea de los esfuerzos generosos. Se siembra en aras de la convicción, del regocijo propio é íntimo del espíritu, como el gañán que vence su faena sin detenerse á pensar ni en las heladas ni en los gusanos que pueden destruír las sementeras. La humanidad no habría avanzado un solo paso si todos los que la han ennoblecido hubieran circunscrito sus energías á la consecución de fines inmediatos. Han abrazado radios inmensos, se han extendido hacia el porvenir, sin preocuparse en lo absoluto de los efectos cercanos.

Nosotros no daremos nunca por perdida ninguna causa mientras nos anime la fe en el mañana. Todo cuanto vemos hoi nos parece transitorio: lo único permanente, lo único inmutable es el bien, ya lo aprovechemos nosotros, ya lo utilicen nuestros descendientes más lejanos. De aquí la energía con que combatimos al gobierno porque hasta ahora no castiga á los agentes del Callao defraudadores de las rentas nacionales; de aquí, antes que nada, el idealismo con que aguardamos, á pesar de todo, una reacción, por insignificante que sea, en la actitud de los señores Pardo i Leguía al solucionar este asunto. No queremos creer que llegue la corrupción de nuestros mandatarios hasta el extremo de apañar, sin provecho para éllos, un robo escandaloso, un verdadero asalto al tesoro pùblico.

Ya sabemos que al adoptar una determinación enérgica se herirán los intereses de algunos amigos personales i polìticos; pero ¿qué honor, qué beneficio recibe el gobierno de la impunidad de esos hombres? Castigarles sería lo decoroso i lo fructífero. Nunca se llega á medir con exactitud la trascendencia saludable de las resoluciones moralizadoras. Lo que se pierde de un lado—si es pérdida la mutilación de un miembro podrido—se gana con creces del otro. El mandatario que haga un escarmiento, en cabeza precisamente de los suyos, adquirirá poder bastante para consolidar su obra i sus intereses. I aunque así no fuera, i concretando nuestras observaciones al caso de la aduana del Callao, nos parece que hasta el estrecho sentimiento del orgullo obliga al gobierno á proceder con entereza i pundonor. Casi todos los agentes culpables se burlan de la debilidad del oficialismo, porque burla es cambiar la razón social de una casa de comercio —sin la más insignificante alteración efectiva en el personal de los asociados—con el único objeto de eludir responsabilidades i continuar impunemente en los mismos negocios.

Créanlo los señores Pardo i Leguía: se se les presenta una ocasión inmejorable para hacer el bien, i si á tanto no alcanzaran sus propósitos, piensen siquiera en la utilidad que les reportaría el castigo de aquellos ladrones. No olviden tampoco que el apañamiento del crimen por interés de círculo ó por afecciones personales, produjo siempre, con el descrédito de los apañadores, la ruìna material de casi todas las administraciones públicas del Perú. La nación se resigna á mucho, pero no á la impunidad de los defraudadores del tesoro fiscal, porque ese tesoro—i ahora particularmente—simboliza el hambre i la miseria de las clases sociales más desvalidas.

Gacetilla

Lima, 24 de abril de 1906.

Excmo. señor doctor don José Pardo,
Presidente de la República
Ciudad.

Excmo señor:

No pretendo que V.E. entre de lleno en el espíritu del siglo, esencialmente incrédulo. A tanto no se puede ir sin desconocer las leyes de la psicología. V.E. fué creado i educado para servir á la *santa religión de sus mayores*; V.E. talvez no ha leído nunca libro alguno que le haya obligado á desechar las supercherías de la fe cristiana; V.E, como todo hombre que ignora lo que vale la razón, carece de energía moral para vivir la vida del librepensamiento, i es hasta justo que crea en símbolos, misterios i dogmas.

Pero si no se puede exigir de V E. ni el racionalismo consciente i amplio de Mr. Loubet ni la irreligiosidad impulsiva i avasalladora del general Alfaro, me parece útil i conveniente aconsejarle que refrene sus arrebatos místicos. Yo no creo que sea necesario para cumplir los deberes del perfecto católico, prodigarse en las ceremonias de la Iglesia hasta el punto de constituír lo que nuestras abuelas llamaban *perrito de toda boda*. V.E. no loentiende así, i no hai *tedeum* ni *oficios* á que deje V.E. de asistir. Lo peor es la aparatosidad enteramente ridícula que se gasta en estas ceremonias. ¡Parada del ejército, música, hileras enormes de funcionarios con sus fracs i sus sombreros apuntados, que causan risa, i los plácidos i regordetes canónigos, vestidos de saltimbanquis, con las calderetas é hisopos en las manazas esperando á V.E. para ofrecerle el agua bendita!

V.E. debe sacudirse de estas tonterías que son al sentimiento religioso lo que la prostitución es al amor. Està bien que V.E. no tenga á menos oír misa entera todos los domingos i fiestas de guardar, ni confesarse una vez en el año ó antes si espera haber peligro de muerte, ni comulgar por pascua florida de resurrección: allá V.E; pero ¿quién puede resignarse á ver al jefe de la república convertido en mamarracho con la *llave del tabernáculo* en el cuello? Mucho es que soportemos la extrañísima figura de V.E. cuando se tercia sobre el pecho, á la manera de poncho, la insignia del poder. Basta i sobra con esa cintaza.

Probablemente V.E. ha de interpretar mi censura como un estallido de la absoluta incredulidad de mi espíritu: pero no, Excmo señor: aquí no entra para nada mi racionalismo; aquí sólo se trata de la seriedad con que debe ejercer V.E. su altísima misión. Si es cierto que el puesto no hace al hombre, también lo es que según sea el puesto así necesita actuar el hombre. La vida tiene de por sí tantas ridiculeces, que vale la pena hacer toda clase de sacrificios para ahorrarnos el mayor número de mascaradas.

***

Hubiera querido ver la cara de V.E. cuando el Ministro de Italia le entregó la cruz de San Mauricio i San Lázaro. ¡Qué satisfacción tan estupenda! V.E. se considerará sin duda en el pinúculo de la gloria porque tiene una sonaja, un cascabel que colgarse en el cuello. Pero si V.E. leyera la correspondencia de Voltaire con Federico, no atribuiría la menor importancia á esas bagatelas. Así las llamó el insigne filósofo francés i asì las conceptúan todos los que no fincan su valimiento en chucherías.

La verdadera condecoración, la única que se puede ostentar con orgullo, es la del mérito conquistado en las luchas por el bien. Esa no la constituye un cintazo ni un adefesio: se lleva adentro, en lo íntimo del alma. V.E. con la cruz de San Mauricio i San Lázaro ó con el cordón del águila negra ó con la pluma del pavo real, se queda á ras del suelo como el último de los mortales; pero el día en que sus hechos dignifiquen i engrandezcan á la patria, no habrá nadie más alto ni mejor condecorado que V.E.

***

Algo daría, Excmo señor, para inducirle á no emprender el viaje al Norte. ¿Qué necesidad tiene VE. de lucir en todas partes la ineptitud de su espíritu? Fué V.E. al Cerro de Pasco ¿i qué ha hecho en beneficio de esa región? Fué V.E. á los departamentos del Sur ¿i dónde está ese mundo de cosas saludables que V.E. ofreció á arequipeños, cuzqueños i puneños?

Las visitas de V.E, lejos de grangearle adhesiones, le conquistan antipatías. Nada desespera ni encoleriza tanto como la carencia de buena fe; i por duro que sea decirlo, nadie reconoce sanidad de propósitos en V.E. cuando observa la apatía, la inercia, la dureza de sentimientos con que V.E. se niega à satisfacer las necesidades públicas; todas esas necesidades, grandes i pequeñas, que palpa V.E. en sus excursiones.

I no suponga V.E que sólo yo piense así: lea V.E. los periódicos de las provincias, i en casi todos éllos verá confirmada mi opinión acerca de sus viajes. Algo más verá V.E: verá que los ciudadanos principian á sentir; á la par que odio, menosprecio por el régimen de V.E, pues ningún mandatario se dió la triste satisfacción de recorrer el territorio nacional en busca de honores i agasajos, no en demanda de luz i aliento para acometer reformas de trascendencia.

¡Seriedad, seriedad Excmo. señor! Las giras presidenciales deben significar el desenvolvimiento de un plan administrativo gigantesco, ó cuando menos el deseo de conocer íntimamente ese cúmulo de necesidades pequeñas que se pueden remediar á poca costa. Pero ir de aquí para allá, sin ver nada, sin oír nada, sin aprender nada, sin sentir nada; pero reducir las excursiones al hojeo de libros, al banqueteo con autoridades i correligionarios políticos i al traqueteo de vapores, locomotoras i diligencias; no es labor digna de ningún gobernante; i si no temiera incurrir en *destemplanza*, diría que sólo los empresarios de circos son capaces de valerse del funambulismo para acreditar las excelencias de sus payasos.

Sí, Excmo señor: no vaya V.E. al Norte. Allí no se le quiere i se acabará por aborrecerle en cuanto se haga tangible la *lapitud* moral de su espíritu. Allí contemplará V.E. dolores i miserias tan grandes como las que observó en las minas del Cerro i en las estancias de Cuzco i Puno; allí también hai gamonales, caciques i señores de horca i cuchillo; allí también se dilata la esclavitud, la eterna esclavitud de los indígenas. I allí, como en el Cerro, en Cuzco i en Puno, el alma de V.E. no se conmoverá porque es insensible á las fruiciones del bien, á los estímulos de la virtud, al goce amplio é intenso de los sembradores de felicidad. Mejor se halla V.E. en Lima, en su palacio, rodeado de la gente dichosa que come i bebe sin trabajar i sin sufrir. Mejor está V.E. repantigado en su coche, con sus edecanes i sus ministros, de rostros sonrientes, ahitos de bienestar. Esta es la única dicha que puede satisfacer las aspiraciones de un hombre como VE. Quédese, pues, en Lima i siga, como hasta hoi, en brazos de la infecundidad. No pasee V.E. su inercia, no exhiba como una bandera gloriosa la petrificación de sus sentimientos i de sus ideas.

Aparte de estas consideraciones, medite V.E. en que no le honra servir de pretexto para especulaciones groseras. VE. sabe que sus amigos i partidarios le agasajan con plata agena: recurren á la caridad pública para costear los banquetes i las fiestas con que halagan la vanidad i la soberbia de V.E. Cada excursión de V.E. es un llamamiento al *centaveo* de los ciudadanos.

***

Consejo tan saludable como la suspensión del viaje del Norte, es el aniquilamiento de los folletos que están repartiendo las autoridades para extraviar el juicio de los ciudadanos sobre el empréstito.

Esa propaganda sería lícita si la hiciera el Banco Alemàn; pero tiene los caracteres de una abominaciòn en manos del gobierno. V.E. está obligado á dejar en plena libertad el criterio de las multitudes: que piensen lo que quieran, que busquen la luz donde mejor les plazca. Lo honrado, lo estrictamente honrado para V.E. es considerar este asunto como un problema nacional, que sólo las multitudes tienen derecho á resolver. Toda intromisión del gobierno encarna un agravio al sentimiento público, porque revela interés especial en el triunfo de determinadas conveniencias.

La única propaganda aceptable, la que todo el país estimaría provechosa, no la hará nunca V.E. ¡Que va V.E. á reproducir en un folleto todos los discursos i todos los artìculos, en pro i en contra, que el empréstito ha orginado! Así i sólo así acreditarìa V.E. la rectitud de sus intenciones. Entonces los ciudadanos valorizarìan con certeza el poder de los argumentos aducidos por los amigos i por los adversarios de esa negociación; entonces fallarían como deben fallar, á conciencia. En cambio, el folletito que hace repartir V.E. por medio de las autoridades, aunque pueda engañar á algunos, será siempre un ludibrio para la administración de V.E, semejante á las actas que de orden del general Cáceres forjaron prefectos i subprefectos en la época del contrato Grace.

***

Aunque me horroriza la idea de un trastorno meramente político, hai instantes en que no me parece abominable. Si V.E. no respeta leyes ni derechos ¿cómo desconocer la razón de cualquier sacudimiento? Se dirá que no son buenos los que pretenden sustituír á V.E; pero ¿quién estimula en realidad la acción de esos hombres? V.E. i nadie más que V.E. En efecto, Excmo señor, V.E. se ha echado en brazos de un elemento podrido, que no comprende ni comprenderá nunca lo que significa la honradez. Ese Ministro de Gobierno es un escándalo; i no hai forma de inducir á V.E. á libertarse de él.

¿Cómo cree V.E que podamos admitir lo que hace el señor Zapata con la policía? ¿Quién ha de soportar la transformación de asesinos i rufianes en defensores del orden público i de los derechos individuales i sociales? Si se convierte á la policía en un foco de depravación, los ciudadanos están en el deber de rebelarse contra los autores de tamaña iniquidad.

V.E. no quiere entender que el camino en que le arrastran ciertos hombres no tiene otra salida que la del deshonor, inmediata siempre á la del derrumbamiento. I es lástima, no porque V.E. sea digno de compasión, sino por el daño que sufre el país. Se nos juzga en todas partes como un pueblo incorregible é insalvable, se nos desprecia i se nos escarnece sin misericordia. Representamos la quinta esencia del oprobio, el último detritus de la sinvergüencería. I en el fondo no merecemos tanto: lo que nos falta es un hombre de sanas intenciones, amante de su decoro i sinceramente encariñado con el bien. La multitud, la masa común, no tiene estigmas irredimibles, i para ser una fuerza útil sólo necesita dirección i estímulo.

***

Otro hecho que va á dar al traste con el régimen de V.E. es la imposición de diputados i senadores. Lo que dijo el Dr. Romero en el Congreso debería esculpirlo V.E. en la cabecera de su cama: "Las revoluciones serán inevitables en el Perú mientras se atropelle la libertad de sufragio."

Aunque V.E. tiene en mui poco su palabra, algo le ha de mortificar indudablemente que se le enrostre una inconsecuencia; é inconsecuencia i clamorosa es ofrecer respeto á la soberanía popular para conseguir adherentes, i destruírla á puntapiés cuando llega la época de respetarla. En el discurso-programa de V.E. fué ese tópico uno de los principales; i por mucho que nunca se haya debido tener fe en la rectitud de V.E, desde que la forma i el fondo de la candidatura de V.E. significaban un mentís efectivo i sangriento á sus promesas; duro, bien duro sería llegar á adquirir la certidumbre de que no vibra en el pecho de V.E. ni un ápice de lealtad.

Defender en el terreno de los principios el derecho de los pueblos á elegir representantes con absoluta independencia, tiene visos de soberana tontería: 1.° por-

Les Temps Nouveaux Paris - Rue Broca No. 4

que es una verdad inconcusa i 2.° por que V.E. no entiende de principios. Tampoco es necesario apelar á las doctrinas para sostener ese derecho: basta i sobra con hacer tangible la conveniencia que usufructuaría el gobierno de una elección libre de diputados i senadores. Los pueblos comenzarían á ver en el régimen de V.E. lo que jamás vieron en 80 años de imposiciones i atropellos: el respeto de sus prerrogativas; i á trueque de este beneficio—si beneficio es únicamente no hacer males—si considerarían obligados á favorecer con su simpatía á V.E.

I ¡qué honra más grande para V.E. que gobernar con un parlamento de hombres libres! De la misma manera que V.E. no se creería enaltecido si sus domésticos le ayudaran á manejar sus negocios, debe conceptuarse en bajísimo nivel cuando los representantes se convierten en lacayos, porque carecen de derecho para ser altivos desde que simbolizan un fraude i una ignominia.

I ¡qué utilidad más espléndida para cualquier gobernante que la de oír los consejos i las censuras de un parlamento legalmente constituído! El arte de mandar reconoce por base la atención con que escuche el jefe del estado la palabra de sus opositores. De éllos parte siempre la luz, aunque habiten en las tinieblas.

Escuche V.E. este conjunto de verdades: "El poder ejerce una acción disolvente, negativa. La falta de una intervención, de una crítica, de los actos de los mandatarios, les hace perder mui pronto la recta conciencia del bien i del mal. No se oponen obstáculos á la realización de sus deseos i esto acaba por hacerles perder la facultad de dominar sus propios impulsos; se hacen egoístas, rindiendo culto á su propia personalidad á causa de no haber afrontado nunca el menor riesgo, ni padecido privaciones de género alguno; esclavos de sus instintos, de sus pensamientos, de sus deseos, extraños al sentimiento de dignidad i de pudor, ostentan con un cinismo raro su entera personalidad, sus más villanas acciones i sus brutales instintos: la glotonería, la sensualidad, la cólera, la acidia."

Pero ya vislumbro la objeción de V.E. "Esas son teorías i nada más que teorías: la práctica es otra. Allí está el Dr. Romero: dijo en la Cámara de Senadores que la única manera de evitar las revoluciones era establecer la libertad de sufragio, i no tiene á menos aceptar la senaduría de Junín, donde carece de prestigio i de vínculos." Cierto: así procede el Dr. Romero porque no es un hombre inmaculado; pero la verdad i el bien, aun en boca de mentirosos i criminales, no dejan de ser lo que son. Si las doctrinas desmerecieran por los individuos que las proclaman ¿cuántas doctrinas saludables imperarían en el mundo? Es una iniquidad aborrecer los principios por las felonías de los hombres.

***

Una de los mayores obsesiones de VE. es creer que el porvenir de la patria depende exclusivamente de su grandeza material; i de aquí la muletilla de la prensa palaciega acerca de lo que hemos avanzado como colectividad mercantil i comercial. Nó, Excmo señor: sólo lo que se incuba i fructifica en el alma de los ciudadanos es lo que constituye la grandeza de las naciones. Lea V.E. lo que dice un político argentino:

"El adelanto económico de nuestro país no está en relación con la situación política. Millones de kilómetros de vías férreas se extienden por toda la República; tenemos hermosos puertos donde trabajan incalculable número de obreros; los campos están inundados de cabezas de ganado, los depósitos de sereales resultan pequeños para encerrar la cosecha; el comercio es colosal; la industria con sus usinas se enseñorea de las ciudades; el capital extrangero llega al buen mercado y los trabajadores de todo el mundo vienen á la república con la esperanza de bienestar—y de fortuna—vana esperanza!—y todo esto que pone de manifiesto el incremento sorprendente de nuestro país en el orden económico, contrasta tristemente con el espectáculo bochornoso que presenta nuestra política criolla, grosera y corrompida. Es porque, como ha dicho el ilustrado compañero Dr. Justo «nos falta la conciencia de los efectos de todos esos cambios sobre la sociedad argentina. Las cosas necesitan ser prácticamente comprendidas para que influyan en un sentido progresivo como factores históricos."

I si esto dice un político argentino ¿qué no podemos decir los peruanos? Grabe V.E. en su memoria las palabras de aquel ilustre pensador, siéntalas con honradez i amplitud, i haga por esta tierra, hambrienta de justicia i probidad, lo que haría cualquier ciudadano de buena fe si ocupara el puesto de V.E.

Soi siempre su atento servidor

El gacetillero de Germinal.

COMENTARIOS

El departamento de la Libertad va á tener un buen prefecto: Carlos Velarde. Allí indudablemente procederá este joven, como en Lambayeque é Ica, con altura, laboriosidad i honradez.

Velarde no pertenece al número—ilimitado por desgracia en el Perú—de los que consideran los puestos públicos como prebendas i grangerías. De aquí el afán con que ha procurado conseguir el cariño y la gratitud de los pueblos en que ha ejercido autoridad. Si no hizo grandes bienes en Lambayeque é Ica la culpa no fué suya, sino de los hombres que desatendieron sus iniciativas. Allí están sus memorias, repletas de observaciones saludables, de consejos y solicitudes que sólo en este país han podido pasar inadvertidas.

Muchas veces, pensando en la incuria con que observa el oficialismo la labor i los esfuerzos de los hombres bien intencionados, hemos cogido la pluma para preconizar las excelencias del egoísmo. Si nada de lo que se desea i se propone en bien de la República ha de transformarse en hechos ¿á qué luchar, á qué desvivirse por lo consecución de ninguna reforma? Pero en medio de todo, ese es el deber y hay que cumplirle. Así lo entenderá Carlos Velarde: de aquí la esperanza, ó más bién, la fe que tenemos en su actuación como prefecto de la Libertad.

***

Una lluvia inacabable de insultos se desencadenaría contra nosotros, si dijeramos que los cónsules y los diplomáticos del Perú son una desdicha. Sin embargo, esta es la verdad. Ahí tenemos al cónsul en Iquique, "*que carece de influencias* "*oficiales para hacer gestiones eficaces en* "*favor de nuestros compatriotas*", según se afirma en un cablegrama publicado por *El Comercio*.

Si ese Cónsul no sirve para nada ¿por qué se le sostiene? I si hay razones especiales para no destituirle, á despecho de su insignificancia ¿por qué el Ministro del Perú en Chile no toma á su cargo la defensa de nuestros hermanos?

Otro Cónsul imposible es el de Antofagasta. Se mezcló sin razòn ni derecho en la última huelga de los peones del ferrocarril, y según dice "*La Vanguardia* "fué uno de los asesinos."

¡Vaya una suerte la del Perú! sus agentes consulares ó no sirven para nada, como el de Iquique, ó provocan ultrajes y cometen fechorías, como el de Antofagasta.

***

No crean los mineros del Cerro de Pasco que el gobierno les haga justicia en su campaña contra el proyecto del ingeniero Velarde. Por lo mismo que en su memorial, verdaderamente luminoso, defienden principios indiscutibles, no serán atendidos. En el Perú cuanto más esfuerzo se gasta en hacer tangible el derecho, menores probabilidades hai de conseguir la victoria.

Ya lo verán los mineros del Cerro de Pasco: como el proyecto del ingeniero Velarde se distingue por la estrechez del criterio que le ha informado, el gobierno le acogerá con fruición. La justicia es una palabra sin sentido para nuestros gobernantes.

***

Comprar ganado en Chile para abaratar la carne en Lima ha sido una idea enteramente propia de nuestro gobierno. No se requería mucha penetración para comprender que las reses chilenas tenían que venir en malas condiciones, pues once ó doce días de navegación destruyen materialmente á cualquier animal cuando no se le cuida con esmero. Tampoco se necesitaba vastísima ilustración para saber que el ganado de Chile valía más, mucho más que el peruano; de modo que era imposible competir con los camaleros, á menos de resignarse á sufrir grandes pérdidas.

Pero ya que no se vió ò no se quiso ver nada de esto, lo menos que pudo advertirse fué la inconveniencia de vender la carne á los negociantes en este artículo, porque de hecho continuarían imponiendo precios elevados.

Lo natural habría sido: 1° traer ganado de Junín, Chala, Quilca, Lomas ó Atico y 2° vender la carne directamente al pueblo i á menor precio que la de los camaleros. Por no haber adoptado ninguna de estas medidas que, repetimos, eran las naturales, las reses del gobierno i la carabina de Ambrosio sirven para lo mismo. Algo más: ha habido día en que la carne oficial se ha vendido á mayor precio que la particular; i los negociantes se han puesto las botas, sin provecho ninguno para las clases proletarias.

En resumidas cuentas, ha sido un verdadero fracaso la combinación del gobierno; i así era de esperarse, porque nuestros mandatarios no estudian nada i todo lo ejecutan al salir del paso, por mera fórmula, para engañar i nada más que para engañar á los bobos.

***

Algunos ciudadanos acusaron al coronel Parra ante la Corte del Cuzco por abuso de autoridad. Los magistrados cuzqueños, que no son, por cierto, modelos de justificación—esos frutos no se dan en el Perú—declararon inculpable al coronel Parra, ó mejor dicho, sobreseyeron en la causa; pero la Corte Suprema, en una escapada á la rectitud, ha revocado ese auto i ha dispuesto que se adelante el sumario i se subsanen algunas irregularidades.

No nos engolfaremos en el estudio jurídico de este asunto: lo importante para nosotros es su aspecto político, es decir, la falta de moralidad con que el gobierno ha sostenido hasta hace poco en la prefectura del Cuzco á un hombre que el más alto tribunal de la nación no ha considerado digno de una absolución inmediata.

Desde luego, no somos tan zonzos para escandalizarnos de la conducta de nuestros mandatarios, desde que siempre proceden sin pizca de honradez en el nombramiento i en la protección de las autoridades. El mismo coronel Parra es el mejor ejemplo que podemos citar en apoyo de nuestro juicio.

Lo que sì nos escandalizará toda la vida es la impavidez con que el oficialismo decanta sanidad de propósitos. Dice en todos los tonos imaginables que desea el bien de la república i hasta que lo procura con ahinco, i nombra i sostiene durante año i medio en la prefectura del Cuzco á un individuo procesado criminalmente por abuso de autoridad.

Por falta de tiempo i de espacio, no colocamos en columnas paralelas las famosas declaraciones del señor Pardo, en su último mensaje, acerca de las bondades de los prefectos, i el auto de la Corte Suprema condenando implícitamente al coronel Parra por haber conculcado las garantías individuales. ¡Qué contraste tan lapidario para este régimen!

***

El doctor Juan Ugaz ha dado una lección de lealtad i de hombría de bien á algunos de nuestros antiguos correligionarios. Se le acusó en *El Norte*, de Chiclayo, de estar en tratos con el partido Civil i con el gobierno para obtener la diputación de esa provincia, i ha desautorizado tan villana especie, en términos claras, precisos i sumamente honrrosos para él i para nuestra causa. "No soi capaz de desconocer mis deberes i de faltar á mis convicciones", ha dicho el presidente del Comité Radical de Chiclayo, i su palabra, que acogemos con legítimo orgullo, acredita la subsistencia en el espíritu de nuestros adherentes de esos ideales i de esos ensueños que tanto han enaltecido á nuestra bandera, á despecho de las deserciones, apostasías i miserias de ciertos hombres.

Cuando recorremos la historia de la Unión i advertimos que las nueve décimas partes de los tránsfugas no tuvieron otra razón que la conveniencia personal para retirarse de nuestras filas; la actitud del doctor Ugaz nos parece un bofetón para esos individuos i aliento nuestra fe en la rudísima tarea de constituír una colectividad de hombres sinceros, sin repliegues en el alma, sin miras egoístas, ampliamente encariñados con las ideas é incapaces de ceder á los estìmulos del provecho persona

***

Si fuéramos el ministro de relaciones exteriores ó el jefe del estado FELICITARIAMOS á Mr. Roosevelt por la catástrofe de San Francisco. Desde que él reputa meritoria i honrosa la matanza de los filipinos decretada por un simple mortal, creemos que considerará sublime el aniquilamiento de un pueblo por la madre Naturaleza. Debe haber lógica en todo: si lo menos nos entusiasma, lo más tiene que conducirnos hasta el delirio. ¡I qué más i qué menos! Lo menos es un crimen infame; i lo más, una gigantesca manifestación de las energías almacenadas en el centro de la Tierra.

No nos atreveremos á comparar á Mr. Roosevelt con Nerón; pero quien aplaude asesinatos inicuos no se horrorizaría al contemplar un cataclismo i hasta sería capaz de producirle, como produjo el César romano el incendio de la Ciudad Eterna para darse el gusto de admirar un espectáculo terrible.

Lo que conviene hacer

De un conceptuoso editorial de *La Aurora de Tarma* extractamos los párrafos siguientes:

Los que queréis hacer del Perú una patria fuerte i altiva, principiad por organizaros en sociedades protectoras de los derechos del hombre, befados i escarnecidos en la persona de los infelices indios; i veréis cómo se acercan éstos i marchan por la senda del progreso. Nuestra raza no es insensible ni refractaria al mejoramiento ¡No! Dotada de un carácter noble i generoso duerme como la oruga en el sueño de su lenta transformación, sin olvidar sus gloriosas tradiciones que sabe trasmitir á los suyos á través de los tiempos i el infortunio que la anonada. La raza se halla en su segunda faz evolutiva, justamente en aquella para la que se requiere la más amplia libertad, la etapa *crisálida*, donde principia á modelarse el nuevo ser.

Busquemos, por cuantos medios sea posible, hacer práctica la libertad en el indio; i no habrá que esperar mucho tiempo para que el país salga de su quietismo é indiferencia aparentes, para ocupar el sitio que le corresponde en el rol de los pueblos cultos.

En un lenguaje anfibológico, dice el más profundo pensador de España, Salmerón: "La solidaria continuidad i mancomunidad de ideales, permiten inducir la existencia de un todo, donde concrete la esencia factible de un poder creador i activo.

Dejémonos de lanzarnos en alas de las abstracciones i demos comienzo á la tarea redentora, instruyendo al indio como al japonés; educándole para la patria i la libertad, predicándole incesantemente:

1.° Que esta tierra de cuya posesión se le pretende privar, toda vez que se resiste á los trabajos forzados, es de la propiedad legítima de sus padres i como tales éllos son sus únicos propietarios;

2.° Que son real i verdaderamente iguales ante la lei como los demás hombres;

3.° Que los errores i demás supercherías religiosas que se le imponen son otros tantos medios con que se les pretende explotar;

4.° Que el alcohol es el veneno lento con que se le quiere exterminar; i finalmente, que su causa es solidaria con la de todo aquel que siente correr sangre peruana por sus venas.

Cuando estas verdades le sean inculcadas i comprendidas por el indio, fácil es de suponerse que gobernantes i gamonales acabarán por respetarle i darle paso en el camino del engrandecimiento nacional.

¡I sólo entonces el país *podrá andar!*

Conocimientos Utiles

Aspecto de un Alcohólico

Después de algunos años de abusar de las bebidas, la inteligencia se debilita, la memoria disminuye, i se cometen errores i olvidos á cada momento. El obrero, capaz en otro tiempo de ejecutar trabajos delicados, no puede ya dedicarse sino á trabajos ordinarios i groseros. Sus movimientos se han vuelto imperfectos, su lenguaje dificultoso: el temblor de las manos, que antes se producìa solo durante los movimientos voluntarios se ha hecho contínuo i se extiende al resto del cuerpo. La fuerza ha desaparecido, puesto que el alcoholista ha perdido el apetito i todos los alimentos le causan dolores de estómago. Cada mañana escupe ó lanza un lìquido blanco, amarillento ó verdoso, i bilioso; esas flemas atestiguan la intensa irritación del estómago que sufre. Por la noche, á pesar del cansancio del dìa, no duerme i si llega á dormir, su sueño está acompañado de visiones terribles......Al despertar, la cabeza está pesada; siente calambres i grandes hormigueos en las piernas. Su carácter es grosero, chabacano, irritable, peleador i sus ojos rojos, inyectados de sangre.

La hitstoria del termómetro

La invención del termómetro, dice *La Science en Famille*, señala una época en la ciencia, pues sólo con èl es con el que se ha podido obtener un conocimiento de las leyes que gobiernan los fenómenos del calórico. La primera idea del termómetro se debe probablemente al célebre Van Helmot, que inventó un aparato que, para usar sus propias palabras, debía "probar, que el agua contenida en un globo unido á una varilla hueca, sube ó baja según la temperatura del medio que la rodea". En el siglo XVII Galileo, Bacon, Scarpi, Fludd, Borelli i otros sabios de la misma época, hicieron estudios en este sentido, que no siempre fueron coronados de éxito.

No fué hasta 1621 que Cornelius Van Drebble, el físico holandés, inventó un termómetro que consistía en un tubo lleno de aire, cerrado en su extremo superior i bañado el otro extremo, que estaba abierto, en una basija que contenía ácido nìtrico diluído con agua. Según subía ó bajaba la temperatura externa, se aumentaba ó disminuía el volúmen del aire en el tubo i subía ó bajaba el líquido.

Este instrumento, que se llamó el "calendare vitrum" por su inventor, consti-

tuyó lo que se ha llamado después un termómetro de aire; pero como su graduación no estaba basada en ningún principio definitivo, no era posible que se hiciera ningun estudio comparativo. Allá por el año 1650 los miembros de *Academia Cimento*, de Florencia, hicieron ciertos perfeccionamientos que le dieron casi la forma que tiene hoy; su principio fué basado sobre la expansión del líquido. El tuvo se llenó de alcohol coloreado. Con objeto de guardarlo se llevó á un sótano y se hizo una señal en el lugar en que quedó el líquido cuando bajó. Despuès partiendo de allí, se dividieron las partes más arriba y más abajo de la señal en 100 secciones iguales. A fin del siglo XVII el fìsico Renaldina de Pisa, profesor en Pádua propuso que todos los termómetros tomaran el punto de congelación del agua como punto fijo, y como segundo punto fijo aquel á que sube el alcohol en un tuvo bañado en manteca derretida, dividiéndose el espacio intermedio en partes iguales. Desde aquella epoca se usa el termómetro actual, y el primer instrumento hecho con estas innovaciones, desde 1701.

Este fué construído por Newton, y fué el primer termómetro que diera indicaciones comparables, Newton usó el aceite de linaza por ser capaz de soportar una temperatura mayor que el alcohol sin hervir, y su punto fijo de graduación para el límite superior fué el calor del cuerpo humano, y el inferior el punto ha que se despide el aceite en el momento de su congelación. Se empezó mui pronto, sin embargo á hacer investigaciones para descubrir un agente termométrico mejor que el aceite, cuya expansión por el calor era muy poca y que se congela con una variación muy escasa de la temperatura, y, en 1714, Gabriel Fahrenheit, de Dantzig, casi acabó de resolver el problema con la construcción de un termómetro que hoy lleva su nombre. Este fué inmediatamente adoptado en Alemania é Inglaterra (en donde se usa todavía), y fué introducido en Francia; pero en 1730 dieron la preferencia al que acababa de inventar Réaumur. Finalmente, en 1741. Celsius, un profesor de Upsala, hizo el termómetro centìgrado.

La Irreligión del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO

—DE—

M. GUYAU

[Continuación]

Desde el momento en que la religión es incapaz hoi día de contener el crecimiento de la infecundidad, sólo quedan como medios de acción la lei, las costumbres i la educaciòn.

La religión es la lei de los pueblos primitivos; cuando se debilita, se hacen dos partes de sus prescripciones; las unas consideradas como inútiles, son abandonadas i pierden todo su valor; las otras, consideradas como garantías de la vida social, se formulan en leyes morales ó civiles de un carácter obligatorio. Así es como muchas medidas de higiene prescritas por las religiones orientales han llegado á ser pura i simplemente medidas de policía bajo el régimen europeo. En la cuestión de que nos ocupamos, es evidente que la lei debe suplir á la influencia decreciente de la religión, como lo ha hecho otras veces: el legislador debe sustituír al sacerdote. Esta sustitución tuvo lugar ya entre los griegos, cuya organización social era tan avanzada: la lei, interviniendo en la familia, prescribìa al ciudadano el tener hijos. Es conocida la lei de Atenas que obligó á Sócrates á tomar una segunda mujer. En Esparta, el joven casado vivía en el cuartel hasta que daba tres hijos al Estado i no era dispensado de todo servicio militar hasta que hubiera dado cuatro. Es evidente que nadie puede pensar hoi día en leyes tan radicales. Además, no es una simple lei que se dirija directamente á la población, la que puede salvarnos: es preciso un sistema de leyes que se sostengan i se completen unas á las otras. Es necesario conocer la serie de razones psicológicas que pueden inclinar á un padre á no tener familia ó poco menos. Una vez conocidas estas razones, hai que aplicar una serie de leyes destinadas á suprimirlas ó á contrabalancearlas por otras razones. De esta suerte, donde quiera que la esterilidad represente un interés, se creará un interés contrario en favor de la fecundidad, interés conforme, este último, con el deber social. Es, pues, desde luego, en la familia misma, en la que es preciso accionar por las leyes i por esa reforma progresiva de las costumbres á la que las leyes pueden contribuir en tan alto grado.

El padre de familia renuncia hoi día á tener muchos hijos por motivos mui variados, á veces contradictorios, i que importa conocer bien antes de indagar de qué manera se podrìan modificar las razones que tiene para proceder así. Existen desde luego, aunque raras veces, razones físicas; la mala salud de la madre, el temor de matarla á fuerza de embarazos repetidos. Cuando dicho temor está justificado médicamente, es sin duda respetable i tiene valor aún desde el punto de vista social, pues los niños nacidos en estas condiciones serían delicados i poco viables. Pero en el mayor número de casos, las razones de la infecundidad son de orden económico i más ó menos egoistas. La esterilidad francesa es un fenómeno económico más bien que un fenómeno fisiológico. El padre de familia calcula que tendrìa que tomar de lo indispensable para educar una familia numerosa: que en lugar de economizar en el momento que está en la fuerza de la edad, tendrìa que gastar para sus hijos i hasta es posible que condene su vejez á la miseria. Así es que ve en la fecundidad una prodigalidad. Nuestro presupuesto de 4.200 millones representa un promedio de 113 francos de impuesto por cabeza: con tales impuestos se necesita seguramente para nutrir bien á una familia, ó poseer cierta fortuna, ó una organización mui sabia de la miseria.

Otra razón: El pequeño propietario tiene una especie de fetichismo de la tierra: su campo, su casa, son para él como persona que quisiera confiar á manos seguras. Si tiene muchos hijos, será necesario repartir estos tesoros i hasta venderlos, en el caso que no se puedan dividir equitativamente. El campesino no admite esta división de la propiedad, como no admite el noble de antigua cepa la alienación del castillo de sus antepasados. Ambos prefieren mutilar su familia á mutilar sus dominios. Educar un hijo es, sin embargo, crear un capital, i la fecundidad es una forma como otra cualquierá del ahorro social. Los economistas i los campesinos franceses admiten espontáneamente que la cría de una vaca ó de un carnero constituye una riqueza: con más razón deberían admitir lo mismo para un niño con buena salud. Pero hai una diferencia, i es que el buei, una vez criado, trabaja únicamente para su dueño, en tanto que el niño, una vez que es hombre, no trabaja para el padre de familia. Desde el punto de vista del egoísmo del padre, es más ventajoso criar bueyes i carneros; desde el punto de vista social, hai ventaja incontestable en criar hombres. En los países nuevos la raza francesa se hace prolífica, porque el número de hijos no aparece allí como una carga sino como un provecho. En Canadá 60.000 franceses han dado nacimiento á un pueblo de dos millones i medio. En Argelia la natalidad es de 30 á 35 por 1.000, mientras no es más que de 20 por 1.000 en Normandia. En fin, un ejemplo notable de la influencia de la emigración es el que nos ofrece en la misma Francia el departamento de los Bajos Pirineos, donde la corriente de la natalidad sigue á la corriente de la emigración. Los nacimientos han aumentado allí gradualmente desde que la emigración á América hace vacíos á la población.

Ocupémonos ahora de las causas morales que existen del lado femenino. Es natural que en cierto *mundo* las mujeres deseen poco ser madres: este es en efecto el único trabajo que tienen que cumplir, i esta última tarea les es tanto más insoportable cuanto que la fortuna las ha desembarazado de las demás. Ellas no tienen que amamantar, pues el seno maternal puede reemplazarse; ni tienen que educar ó instruir, pues hai preceptores; pero nadie puede dar á luz en su lugar, i en su vida de frivolidad queda este último acto serio que cumplir. Ellas protestan i tienen razón. Siendo la ambición de las mujeres del gran mundo casi siempre, como se sabe, copiar á las del *demimonde*, era natural que las imitasen en este respecto como en los otros, i que buscasen la manera de establecer entre el matrimonio i la prostitución este nuevo parecido: la infecundidad.

Aún entre las mujeres del pueblo, siendo el trabajo más duro el de la gestación i el del parto, son asimismo objeto de la más viva repulsión i de protestas de todo gènero. Yo no he visto una mujer del pueblo que no se lamentase de estar en cinta, que no prefiriera cualquier otra enfermedad á esta enfermedad de nueve meses. «¡Ah!, nosotras no hacemos, nosotras recibimos, me decía una de éllas; ¡si no fuera esto......!» Ella resumía así la situación fisiológica de la mujer pobre. Las que no han tenido hijos, lejos de quejarse por ello se estiman frecuentemente mui felices. En todo caso, no desean casi siempre más de uno.

En Picardía i en Normandia, hace notar M. Baudrillart, se hace burla de la mujer que tiene muchos hijos. Lo que salva la fecundidad de la mujer en las otras provincias á falta de la religión—es su ignorancia. Ella no conoce siempre á Malthus. No encuentra más que un remedio al mal que teme i es huir de su marido. Tal mujer de un obrero, prefiere ser golpeada á correr el riesgo de tener un nuevo hijo; pero como es la más débil, recibe con frecuencia casi á la vez los golpes i el hijo. El temor á tener un hijo es con más frecuencia de lo que se cree, una causa de discusiones en los matrimonios pobres, como lo es también en los masrimonios ricos. Desde el momento en que la mujer razona en vez de dejarse guiar por la fe, no es posible que deje de sentir la gran desproporción que existe para élla entre los goces del amor i los sufrimientos de la maternidad.

"GERMINAL"

ORGANO DEL PARTIDO RADICAL

UNION NACIONAL

ECONOMIA DEL PERIODICO

La Administración funciona diariamente en el Callao, Imprenta "EL PROGRESO" calle de Galvez Núm. 41 y Libertad Núm. 56.

Los canjes deben enviarse á la Casilla Correo Lima No. 277.

Toda correspondencia relacionada con la economía del periódico se dirijirá á los Editores, Casilla Correo Callao Núm. 74.

Solo la correspondencia política será enviada á la Dirección, en Lima, Casilla Correo No. 277.

Las personas que deseen suscribirse á "GERMINAL" lo avisarán á la Administración.

"GERMINAL" ADMITE AVISOS

Imp. "El Progreso"-Callao

IMPRENTA "EL PROGRESO"

Fábrica de Estereotipos y Electrotipos

CALLAO

CALLE DE GALVEZ Nº 41 Y LIBERTAD Nº 56 - CASILLA 74.

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS DE

Tipografía, Rayado, Encuadernación de lujo y Sellos de jebe.

RECIBOS de CASAS de PRESTAMO,

LETRAS DE CAMBIO, FACTURAS, CONOCIMIENTOS, TARJETAS DE VISITA Y DE FANTASIA.

Especialidad EN ETIQUETAS PARA LICORES.

(Estereotipo) Precios Módicos